30 de noviembre 2020 -263

LAS UVAS

Cayeron abundantes las nieves y las cumbres se vistieron por completo de blanco. Bajaron mucho las temperaturas y en los bosques, muchos árboles se quedaron sin hojas. En la ciudad, a pesar de la pandemia, preparaban las luces porque la Navidad se acercaba. Las personas seguían encerradas en sus casas y los contagios no paraban.

En la lujosa y gran casa con jardín y naranjos llenos de frutas, el hombre mayor, no era feliz. A pesar de la confortable calefacción, la abundante y rica comida y la amplia habitación, no era feliz porque se sentía humillado y menos preciado por los que le rodeaban. Cansado de este mal trato y agradeciendo al cielo las cosas buenas que recibía, aquella fría mañana de otoño, dio el paso. Preparó la mochila, el saco de dormir, un cuaderno y un bolígrafo y salió de la casa. Recorrió las calles de la ciudad y, por los caminos que conocía, se adentró en las montañas. Mientras avanzaba por los paisajes que también conocía, se iba diciendo: “De las madroñeras, cogeré madroños, de las encinas, bellotas, de los castaños, castañas, de entre los pinares setas y de las parras que sembré en el cortijo donde me crié, cogeré las uvas que tanto me gustaba cuando era pequeño. Con estos frutos me alimentaré y, en los manantiales que conozco, sacaré mi sed. Dormiré junto a los arroyos, rezaré al cielo porque creo en Dios y me olvidaré de los que no me quieren y tanto me han despreciado".

Metido e su saco de dormir, junto al arroyo, durmió aquella noche y, en cuanto salió el sol, subió por la ladera dirección a las tierras por donde esperaba encontrar la casa de su niñez. Por la senda que discurre por el filo de la loma, caminó emocionado esperando el encuentro con el rincón querido. Al asomarse al collado, descubrió que el terreno donde se encontraba la casa, se había deslizado hacia el barranco. Asombrado observó despacio y, al mirar bien, entre las ruinas de algunos trozos de paredes, vio las ramas de las parras. Justo en mitad de la torrentera que el terreno al deslizarse había fraguado hacia el barranco. De las ramas de las parras, colgaban los racimos de uvas color caramelo. Se dijo: “Me arrastrará con cuidado por esta torrentera de tierras movedizas y cogeré esos racimos de uvas. Me pertenecen y, en estos momentos, necesito saborear y alimentarme con lo que fue mi mundo cuando pequeño. Me agarraré a las raíces de los árboles que por aquí han quedado al aire. Y si me deslizo y caigo rodando por esta torrentera y mi cuerpo queda roto en las aguas del arroyo, no me importa. A todos, en algún momento, nos llega la hora de irnos de este suelo. Si para mí Dios cree que ha llegado ese momento, tengo mi corazón preparado para encontrarme con Él y recibir su abrazo".